

Intentos privatizadores de Codelco

ANDRES AYLWIN A.

A los que más nos duele el escándalo de Codelco es a todos aquellos que nos sentimos hondamente comprometidos con el "cobre chileno". Es decir, con la riqueza de la gran minería del cobre formando parte del patrimonio nacional y manejada por técnicos, trabajadores y capitales chilenos.

En esta circunstancia y dado nuestro compromiso con un Codelco eficiente, prestigiado, ejemplar, orgullo para todos los chilenos, se hace impensable un afán nuestro de ocultamiento de responsabilidades en el escándalo acaecido en dicha empresa. Por el contrario, lo que deseamos es saber la verdad en toda su extensión y que se apliquen las sanciones a los responsables con la rigurosidad correspondiente, a fin de que del hecho doloroso surja un Codelco más fuerte, más invulnerable a cualquier error o abuso y, desde luego, sustentado en un conglomerado humano hondamente comprometido con el cobre en manos chilenas.

Pensamos que este sentimiento o compromiso moral nuestro con un Codelco chileno es, en definitiva, lo que hace la mayor diferencia entre nuestra conducta y aquella de buena parte de la derecha chilena frente a las vergonzosas irregularidades cometidas recientemente en las ventas a futuro del cobre. En síntesis, nosotros, es decir la Concertación y el gobierno, lo que deseamos es sacar lecciones de un acontecimiento triste, sin perjuicio de la aplicación de las sanciones correspondientes; en cambio, ellos, es decir una buena parte de la derecha chilena, lo que desean es la ventaja política fácil, el escándalo hábilmente explotado, el desprestigio de Codelco y, como consecuencia de todo ello, la supuesta comprobación de que sólo el sector privado pueda manejar una empresa pro-

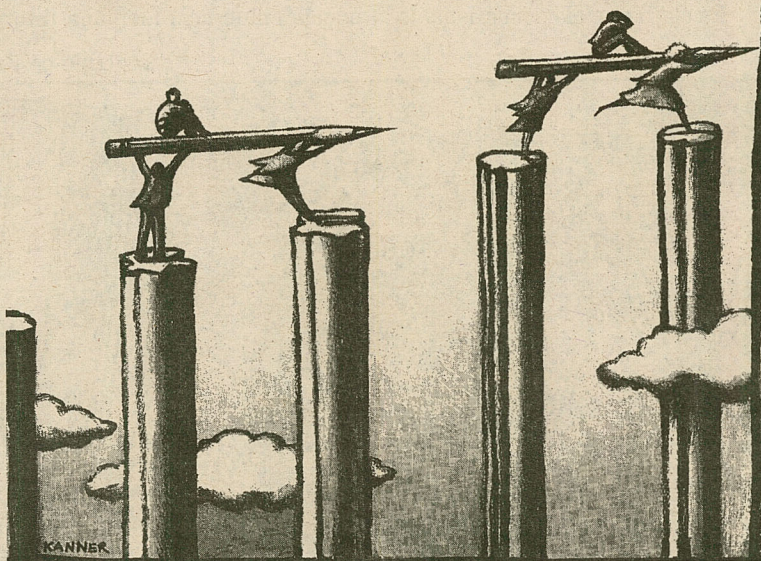
ductiva y que, por lo mismo, Codelco debe ser privatizado.

Este último propósito privatizador surgió sospechosamente desde el primer día que se supo de las escandalosas pérdidas en las ventas a futuro del cobre. Posteriormente, dicha campaña fue arremetiendo y podríamos expresar que no hay semana en que no aparezcan dos o tres opiniones favora-

los capitales privados extranjeros. Y decimos "capitales privados extranjeros" pues, dada la magnitud de Codelco, es indudable que entre nosotros no existen capitales privados nacionales capaces de adquirir una empresa de tal magnitud.

En este aspecto resulta triste decirlo, pero en la reciente crisis de Codelco existen personas que

CATHERINE KANNER-OP ART



bles a la privatización de Codelco, entre las que se destacan algunas emanadas de los más altos dirigentes de la derecha chilena.

En estos tiempos de excesivo individualismo, oportunismo y pragmatismo ya nada pareciera escandalizarnos. Sin embargo, es bueno que se sepa que no sólo para la CUT y para los trabajadores del cobre sino, también, para amplios sectores de chilenos existe un escándalo no menor que el configurado por las personas que participaron en las ventas irregulares de cobre; este escándalo es el protagonizado por todos aquellos que han pretendido utilizar un acontecimiento deplorable para patrocinar la entrega de nuestra principal riqueza a la voracidad de

han actuado con falta absoluta de fe en nuestra propia patria y su gente, olvidando la decisión histórica del pueblo chileno que, en la década del 70, optó unánimemente por la nacionalización de nuestro cobre.

Se dice por los privatizadores que el tipo de situaciones vividas hoy en Codelco no podrían presentarse en las empresas privadas y suele agregarse que estaríamos frente al desfalco o irregularidad económica más grande de nuestra historia. Sin embargo, la verdad es muy distinta y un solo ejemplo sirve para demostrar la falacia de tal afirmación. Durante el gobierno anterior, el sistema financiero privado tuvo pérdidas por valores más de 20 veces superiores a las

actuales pérdidas de Codelco y —lo que es más grave— esas deudas privadas fueron asumidas por el fisco chileno. Podemos preguntarnos ¿cuál fue la actitud de los catones de hoy frente a un estrepitoso fracaso del sistema financiero privado? ¿cuánto escándalo hicieron? y, más que ello, ¿hubo alguno de estos políticos que, ante un escándalo de tal magnitud en la empresa privada, sostuvieron que se hacía necesario "estatizar" toda la banca particular?

Por otra parte, existe una pregunta que conviene formularse y que tiene relación con la problemática general de la capacidad del Estado para administrar empresas: ¿es el señor Juan Pablo Dávila, contratado por el gobierno anterior, una persona verdaderamente representativa del servidor público que creó Huachipato, que dio vida a la Corporación de Fomento o que hizo del Banco del Estado la principal empresa financiera de Chile?, ¿o, por el contrario, es el señalado profesional un típico representante del hombre competitivo, individualista, deslumbrante, avasallador y autosuficiente que constituye la máxima expresión humana del régimen económico social que precisamente implantó en Chile la dictadura con el pleno apoyo de la derecha?

Al hacer estas puntualizaciones no pretendemos, en forma alguna, atenuar responsabilidades frente a lo acaecido en Codelco. Lo que deseamos es, simplemente, señalar el marco de egoísmos, prejuicios, intereses creados, desprecio por todo lo estatal y, en general, ausencia de valores solidarios en que hoy debe estructurarse una economía social de mercado y un régimen económico social donde, existiendo espacios mayoritarios para la empresa privada, también debe existir un papel importante para el Estado, especialmente tratándose de nuestras riquezas básicas.

Y es justamente en este aspec-

to, cuando por algunos se ensalza todo lo privado y sólo lo privado y, además, se endiosa a un "hombre nuevo" individualista y competitivo, que se hace necesario defender, con la mayor fuerza, la existencia de valores que fundamentan un tipo diferente de organizar la vida social. Pues si bien puede ser cierto que en una sociedad donde prima sólo el egoísmo, el individualismo y el interés personal no exista un espacio adecuado para la empresa estatal o social, sin embargo ello es absolutamente falso tratándose de un país donde también están presentes la solidaridad, el amor a la patria, el cumplimiento del deber y un sentido profundo de responsabilidad con lo que es patrimonio de todos los chilenos.

Digamos, por último, que las anteriores reflexiones, relacionadas sólo puntualmente con el escándalo de Codelco, debemos entenderlas insertas en lo que consideramos uno de los mayores desafíos para las fuerzas progresistas de nuestro país, esto es, la construcción de un régimen económico social solidario en medio de una realidad en que minorías muy poderosas ensalzan el individualismo, la competencia, el egoísmo y que, además, pretenden sembrar la desmoralización frente a cualquier error en el área social o estatal. Frente a esta realidad debemos estar muy alertas y ante los actuales problemas de Codelco nuestra respuesta no debe ser el derrotismo a que se nos pretende llevar, sino la afirmación, con más fuerzas que nunca, de nuestros principios y valores. Esta conducta nuestra significa, tratándose de las empresas estatales, más eficiencia, más trabajo en equipo, más vocación de servicio, más espíritu de superación y autocrítica, más mística y compromiso profundo con el lugar donde se trabaja, más orgullo de hacer progresar algo que nos pertenece a todos los chilenos. Pues de algo no nos cabe dudas: no es cierto que el egoísmo sea el principal motor de la historia.

Andrés Aylwin Azócar es diputado de la Democracia Cristiana por San Bernardo.

El porvenir es largo

GUSTAVO JIMENEZ F.

Un hombre escribe un libro. El libro tiene como único propósito explicar un hecho de su vida: el asesinato, por sus manos, de su compañera. El, un intelectual connotado, es declarado irresponsable por su salud mental. Al cabo de tres años de estar en instituciones psiquiátricas recupera su salud y con ello su entera capacidad de disposición. Afuera se encuentra con la solidaridad de algunos y la mirada oblicua de otros. Es justamente por eso que escribe el libro: para llenar la ausencia de un proceso penal formal en el que pudiera haber dado cuenta de su verdad. La ley lo había declarado, literalmente, "fuera de juicio". Y, sin embargo, como el lo dice, el juicio existía. Existía en las opiniones de los conocidos y amigos —no siempre amables— y los de la prensa, especialmente cierta prensa, interesada en establecer relaciones perversas como la siguiente: filósofo-formador de juventudes-marxista-loco. De allí surge, entonces, el libro: de la necesidad de entregar el relato de la experiencia de su vida, no para ser reencusado, sino para llegar a entender y conocer en el ejercicio de la escritura y la memoria la estructura de su sí quis que tuvo como consecuencia el estrangulamiento de Helene, su esposa.

Louis Althusser ha escrito un libro des-

garrador que, más allá de su enfermedad, no resulta nada complaciente sobre sí mismo. Es descarnado, doloroso por su lucidez y por la angustia que aún subsiste fuertemente en el texto que no logra alejar todos los fantasmas de su vida.

Un hombre que ya a los 58 años había permanecido alrededor de quince años de su vida internado por períodos parciales en instituciones psiquiátricas, siendo sometido allí a las más duras experiencias. Un hombre que califica duramente las "reglas" neutralistas de los analistas para intervenir en la vida de los pacientes cuando éstos han perdido el control de sí mismos o que aprecia cierta negligencia cuando no se les entrega lo que el considera, en ciertas circunstancias, como la única salida: el tratamiento de *electroshock*.

Se trata, en suma, de la historia de la fragilidad de un hombre brillante preso de un desajuste síquico reiterativo e inmanejable. Se trata también de la normalidad que da cuenta de la interacción entre la

salud y la enfermedad que, en el límite de la sinceridad, confiesa su vocación seductora y manipuladora que previene al lector pero que también lo confunde.

No es fácil discernir el equilibrio que revelan ciertas acciones realizadas por él. El recuerda, por ejemplo, que en su infancia su padre hacía gala de cierta capacidad para "colarse" en espectáculos públicos sin pagar y que, aparentemente, esperaba ser imitado. Más tarde él da cuenta de algunos robos en tiendas en las que finalmente por su propia voluntad entregaba lo sustraído. Esto que podría ser una "inocentada" adquiere otro carácter cuando cuenta su intento bastante avanzado de apoderarse de un submarino atómico francés.

En este contexto caben muchas interrogantes sobre su comportamiento general, aún cuando existiera racionalidad en la adecuación de los medios a los fines. Pero ya lo decíamos, Althusser fue un paciente complicado porque tenía un conocimiento intelectual y vivencial profundo acerca de su

estado de salud mental. Por ello él da cuenta de su apreciación sobre fenómenos de transferencia y contratransferencia que experimentó con sus analistas.

En el mismo sentido se muestra bastante crítico de las diversas instituciones psiquiátricas que debió recorrer. Lo esencial en *El porvenir es largo* es su transparencia. Dentro de esa transparencia resulta realmente impresionante cómo el mismo ve proyectada su estructura síquica en su propio quehacer como filósofo. Su relación especial tanto con su padre como con su madre lo lleva a transformarse en "el padre del padre". En otras palabras, retoma a Marx en ciertos postulados nucleares y construye un sistema conceptual coherente que, en ocasiones enmienda al propio Marx.

Hacia el final del primer texto, Althusser reconoce su búsqueda del equilibrio y la salud en el propósito de tomar en sus manos su propia existencia. Allí concluye que: "...la vida puede aún, a pesar de sus dramas, ser bella. Tengo 67 años, pero al fin me siento, yo que no tuve juventud porque no fui querido por mí mismo, me siento joven como nunca, incluso si la historia debe acabarse pronto. Sí, el porvenir es largo". Murió cinco años más tarde.

Gustavo Jiménez Fernández es sociólogo.